

COCUYO

O EL ESPACIO DE LO RESIDUAL

INTRODUCCION

El lenguaje Barroco se proporciona a sí mismo un espacio en el cual puede crearse y recrearse llenándose de juego y erotismo. Es entonces ese espacio el lugar en que la transgresión no tiene límites. Rompe con el nivel denotativo del lenguaje, busca lo inasible y nos deja con objetos inacabados y parciales.

Construye entonces Severo Sarduy un texto en el que ese lugar del lenguaje se posibilita. Es en su novela **Cocuyo**, mediante la creación del doble, del otro, en la que el deseo de "ser otro" proporciona el espacio de lo residual.

El lenguaje funciona generalmente como espejo de la realidad, pero en **Cocuyo**, lo reflejado no es el doble, sino un lugar dividido, fragmentado y deformado dentro del cual es posible la creación de un universo particular.

Gina Ponce de León Díaz (*)

Es necesario partir de Sarduy para entender y volver a Sarduy. Su concepción del mundo y del universo es barroca y mediante ella se define a sí mismo. El, como un personaje de lo barroco, parece trasponer sus términos teóricos a una concepción estética de los mismos en sus obras, y parece más que conocer lo Barroco, ser él mismo un ejemplo vivo de ello. Lo barroco no es en Sarduy una teoría, sino una forma de la vida y del universo.

Esta afirmación no es gratuita, parte de la lectura de sus ensayos y sus novelas. Para Sarduy, el texto es un volumen espacial y dinámico de transformaciones; la palabra barroca no es lo que figura sino lo que es figurado. Entonces podemos decir que la palabra es una poten-

cialidad en sí misma; es una potencialidad en el sentido en que puede remitir a una proliferación de significados. Según Sarduy, lo barroco es "nódulo geológico construcción móvil y ferruginosa de barro, pauta de la deducción o perla de la aglutinación" (2).

El lenguaje, entonces, renuncia a su nivel denotativo, a su enunciado lineal y desaparece el centro único del trayecto que hasta entonces se suponía circular. Lo que quiero proponer en este ensayo, es la posibilidad de leer **Cocuyo** como la práctica de la teoría de Sarduy respecto de su concepción del lenguaje barroco como espacio de lo lúdico que por serlo proporciona placer y por supuesto erotismo. El erotismo se presenta entonces como ruptura total del nivel denotativo, es decir cuando se concibe el lenguaje como juego y se rompe la relación denotativa del lenguaje con la realidad, el erotismo comienza a funcionar

(*) *Diplomada en Literatura, Pontificia Universidad Javeriana. Master en Literatura Hispanoamericana y Profesora de Español en la Universidad de Colorado en Boulder.*

puesto que se ha entablado una función lúdica del signo. El erotismo es una transgresión de lo útil.

Iniciamos el juego de la transgresión, entramos con el narrador de **Cocuyo** a participar de la búsqueda de un algo, de un objeto, de un ser, de una voz, de una mirada, de un indicio. Es esa búsqueda la que nos proporciona placer y es el placer el que convierte este universo en erotismo.

Buscamos indicios desde la primera frase de la novela por la indeterminación del primer párrafo junto con la duda del narrador. "Pero, y ¿quién es ese cabezón? ¿Cocuyo?". Seguimos luego con una duda de lo que creía el narrador, lo creía "...más proporcionado, menos revigido, digamos que lo imaginaba como un pequeño atleta griego con ojos de vidrio claro y tetillas de oro." Es con estas primeras palabras con las que el narrador nos hace cómplices de su narración; nos pregunta, nos habla y nos deja en la duda de lo indeterminado. Ha roto ya con el carácter denotativo del lenguaje para entrar en el juego de la búsqueda de la precisión de lo inasible, del objeto total, cuando lo único que encontramos son objetos parciales.

Propongo entonces la lectura de **Cocuyo** como una novela que entra en el lenguaje de lo lúdico, de lo erótico, del lenguaje sin función denotativa y por tanto transgresora.

Cocuyo es la transformación hacia otro, hacia un reflejo de sí mismo en el espacio de la transgresión y de lo residual. **Cocuyo** como transgresión es en sí el texto del espacio de lo residual. En otras palabras, el texto, **Cocuyo**, es esa instancia misma que se crea del reflejo del objeto en el espejo. El espejo es aquí el lenguaje, el cual debe reflejar una imagen concordante con la realidad. Al ser transgredida esta función, el lenguaje no refleja la realidad como el doble, sino como un espacio fragmentado, dividido, deformado y a ese espacio que se crea de la realidad y su reflejo lo llamaremos el espacio de lo residual.

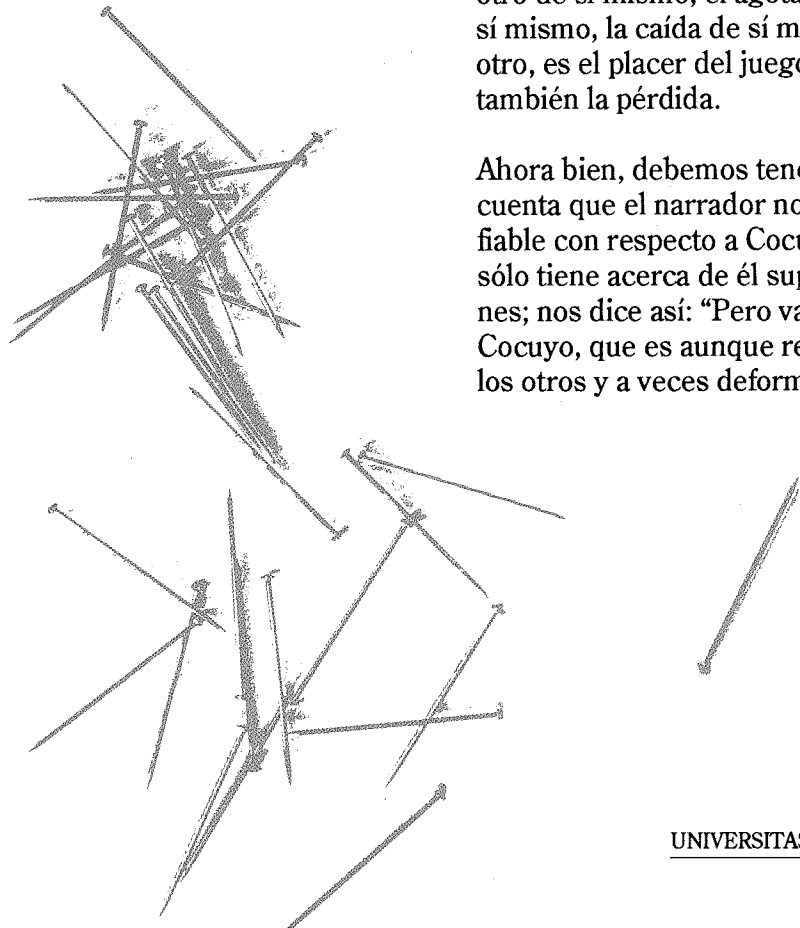
Este iniciarse del texto con una imagen de un ser ya de por sí indeterminado nos plantea de entrada una posible lectura posmoderna de la novela, pues sus características comienzan a cumplirse. *El inicio*: muestra la indeterminación del "ser" **Cocuyo**. *Enseguida*: indica la complicidad del lector en la narración, y *después*: continúa con la transformación del ser, el deseo de

ser otro, el doble de sí mismo. **Cocuyo** desde su inicio, es una ausencia del carácter referencial del lenguaje. **Cocuyo** es, como ya se dijo, una transformación constante, una indeterminación, una creación del doble (ser otro), una posibilidad de lo residual, del objeto perdido, de la instancia objetivada de lo inasible.

Cocuyo es entonces como texto, ese espacio de lo residual en donde el erotismo cumple plenamente su función lúdica.

Cocuyo es de entrada ese espacio de lo residual al partir en sentido contrario. No partimos de una progresiva pérdida de la realidad extratextual, sino que partimos del espacio en que la pérdida ha sido asumida y concebida como el universo en que lo transgredido "es". Lo residual es ya un reflejo objetivado, no de una realidad, sino de la conciencia de ser ese espacio del placer, del reflejo de sí mismo como indeterminación instaurada. Es **Cocuyo** el doble de sí mismo, el otro de sí mismo, el agotamiento de sí mismo, la caída de sí mismo y del otro, es el placer del juego, pero también la pérdida.

Ahora bien, debemos tener en cuenta que el narrador no es confiable con respecto a **Cocuyo**, pues sólo tiene acerca de él suposiciones; nos dice así: "Pero vamos a **Cocuyo**, que es aunque reflejado en los otros y a veces deformado por



(1) Severo Sarduy. **Cocuyo**. Edit. Tusquets, 1990.

(2) "EL barroco y el neobarroco", por Severo Sarduy. En: América Latina en su literatura. Coordinación e introducción por César Fernández Moreno. 12a. edición. Siglo XXI, 1990. pp. 167-184.

ellos, el objeto de estos infundios,..." El narrador convierte el texto en un espejo de sí mismo. Las monjas son el reflejo de las tías, la Benefactora, es el reflejo de la madre, la pelirroja Ada, es el reflejo de su hermana, y todos están en la instancia creada por el reflejo de Cocuyo en su deseo de ser otro. El texto es una instancia creada del reflejo de la realidad, conforma lo residual, es esa alteridad inasible, esa voz y mirada, objetivada por la palabra.

El narrador nos dice desde los primeros párrafos que él tampoco sabe qué o quién es Cocuyo, prevaleciendo así lo indeterminado. Por supuesto, el narrador lo llama "engendro ortofónico", pero no nos fiamos de sus apreciaciones. El narrador insiste en que juguemos con él, el juego de la instancia creada por el lenguaje al hacernos diversos llamados dentro del texto. Por ejemplo cuando habla del "Martín pescador", coloca una nota a pie de página que nos saca de la ficción. También al hablarnos del padre de Cocuyo dice "Aparece por primera vez en este relato, abriendo de pronto la puerta de la sala ...el padre del cabezón fonético". Vemos que el texto se sabe a sí mismo texto, lenguaje, relato y metaficción.

Según Sarduy, el barroco busca el objeto parcial, cosa extranjera a todo lo que el hombre puede comprender. Cocuyo al crear su doble encuentra sólo el objeto parcial y parte de sí mismo. El doble de

Cocuyo, su (ser otro) otro ser, es una confirmación de la libertad creadora del lenguaje. El espejo, el doble y el otro, es sólo una imagen que pertenece a lo inalcanzable, a lo residual de la alteridad en el sentido en que es el lugar en que se quiebra la realidad con su imagen. Es donde se proyecta el poder del lenguaje, es el lugar del desajuste entre el significado y el significante.

Pero vamos a Cocuyo en sí. "fue su primer miedo. Miedo a la mirada: un chisquetazo de alfileres mojados en curare que iban fijándolo, crucificándolo, fosilizándolo en vivo, en lo alto de su doble trono". Podemos decir que Cocuyo tal y como es, va a tener muchos más miedos, pues el narrador nos dice que fue su primer miedo, el de la mirada. También nos advierte el narrador que existe la posibilidad de un doble. De este primer miedo siento Cocuyo lo siguiente: "quería hundirse para siempre, llegar hasta el sedimento verde tornasolado del agua, atravesar el fondo del barro, fundirse en la capa de tierra minera, quedar acurrucado feto arenoso o herrumbrosa momia. *A la vez prenatal y póstumo*". En otras palabras Cocuyo busca ser otro antes de la vida o después de la muerte o no ser. Tal vez quiere pertenecer al espacio de lo residual por toda la eternidad lo cual constituye su universo creado. Es aquí en este momento cuando comenzamos a notar leves indicios de una transformación que es sólo posible con la

esencia de los dobles; y son las imágenes reflejadas las que crean la posibilidad del doble. Pero el doble no es igual a la imagen reflejada, sino que se convierte en la posibilidad del otro creando el espacio en donde el otro puede "ser". Es así como más adelante mediante la transformación Cocuyo adquiere características más definidas; adquiere un sexo, un trabajo, una posible mirada de la pelirroja. Pero este "ser otro", no es más que una adquisición de objetos parciales en el campo de lo residual.

Para ser otro hay que transgredir: Cocuyo ha sentido el primer miedo, el miedo a la mirada. En segunda instancia Cocuyo envenena a su familia, "Para que nadie sepa que tengo miedo". Ha sido un transgresor porque "La familia, como siempre sucede ante los adefesios indefensos, duplicó su crueldad". Cocuyo, según el narrador, no tiene todavía acceso al mundo objetivo de los adultos. Lo podemos interpretar como que Cocuyo no ha sido reconocido. El narrador se cuida muy bien de darnos su opinión, insistiendo en este primer capítulo en dejarnos en la indeterminación.

Entonces en **Cocuyo** vemos no sólo los comprobantes de una concepción de lo barroco, sino también la objetivación de ese espacio textual de la alteridad y lo residual. Por otro lado, en la alteridad, o en el espacio residual encontramos la multiplicidad de los significados vistos como una progresión infinita del universo, es ese ser otro de Cocuyo el doble de una imagen, no de una imagen de lo real, sino de una imagen de otra imagen, es decir, del signo transgredido, y transformado.

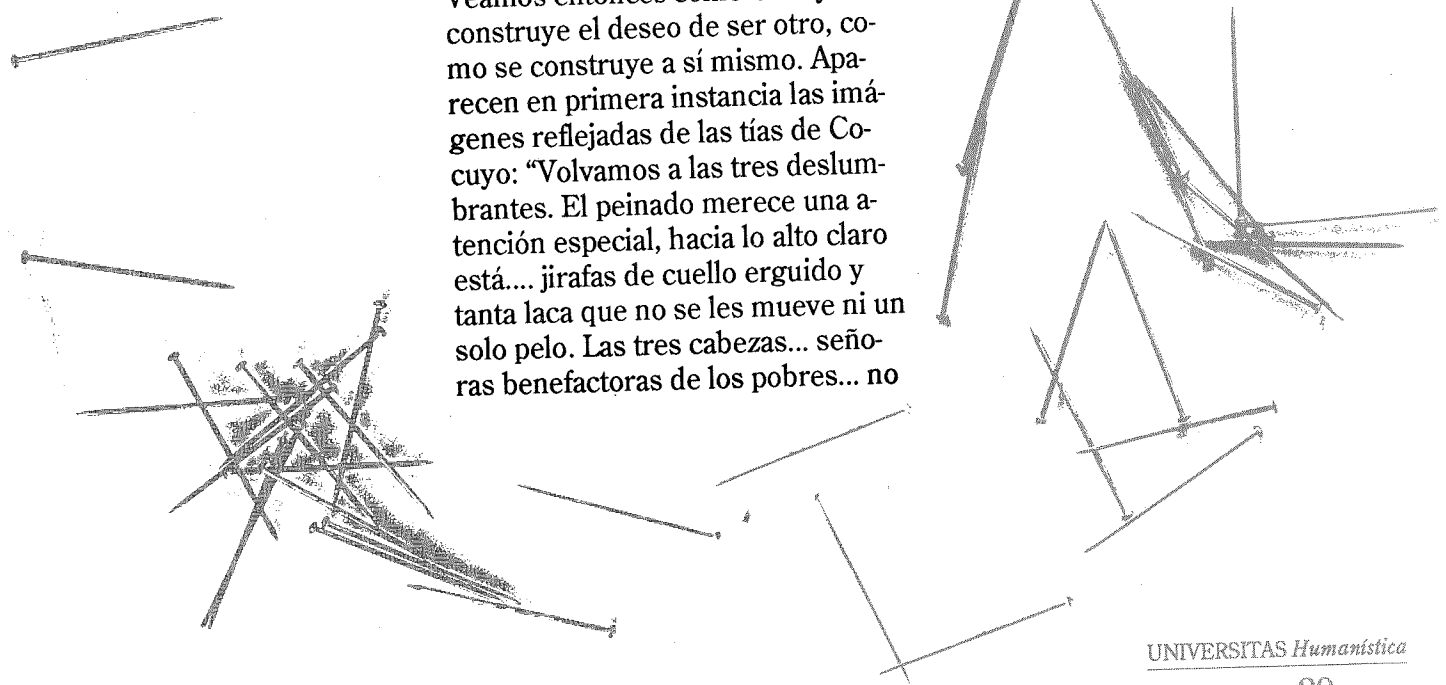
Lo anterior comprueba el hecho de que el texto no tiene referente obvio, comienza siendo ya un término proliferativo y un significado. Así plantea Sarduy su propia estética del universo. Es posible asumir **Cocuyo** sin más dilaciones dentro del espacio de la alteridad.

Con esta misma idea podemos observar que en **Cocuyo** el espacio inalcanzado es un reguero de proliferaciones, interpretaciones, transformaciones, excesividad, juego y erotismo. Este es el caso de Caimán, las tías, las monjas, Isidoro, la Bondadosa, la anciana niña y de Ada también.

Veamos entonces cómo Cocuyo construye el deseo de ser otro, como se construye a sí mismo. Aparecen en primera instancia las imágenes reflejadas de las tías de Cocuyo: "Volvamos a las tres deslumbrantes. El peinado merece una atención especial, hacia lo alto claro está.... jirafas de cuello erguido y tanta laca que no se les mueve ni un solo pelo. Las tres cabezas... señoras benefactoras de los pobres... no

tenían los ojos pintados". Las monjas del convento son los dobles de las tías; "Tan almidonados están los bordes de sus cofias poliédricas que los enfermos temen cortarse con su aleteo, cuando pasan raudas atareadas bibijaguas a lo largo de la noche". Son dobles creados por el mismo Cocuyo, tan almidonados están los bordes de las cofias de las fornidas monjas como los peinados altos y acartonados de sus tías. Estas monjas son un reflejo y una proyección parcial de sus tías.

En esta percepción parcial de los dobles (como las tías y las monjas, como la madre y la Bondadosa) vemos que hay una concepción del universo dentro del espacio de lo residual, es el universo en expansión. Se puede decir que en Cocuyo, lo innombrado como por ejemplo los personajes, como seres sin nombre (sólo indentificables por rasgos físicos o cualidades) son seres de lo primigenio, conforman creaciones de ese espacio residual como iniciadores de un universo particular. El lenguaje barroco es aquí y ante todo, libertad y confian-



za, (libertad de la palabra, confianza de la palabra). Según Sarduy, lo barroco en general es un retorno a lo primigenio en tanto que naturaleza y rememoranza del caos primitivo. El barroco es confianza en una naturaleza de preferencia desordenada, el lenguaje privilegia aquí el caos de lo indeterminado en la idea de los dobles.

Ese elemento primigenio que crea el universo, lo podemos observar en el título de cada capítulo. Cada capítulo es la palabra que crea ese universo. Esto exige todo un cambio en la concepción estética del universo, lo bello puede sugerir lo feo o al contrario, la belleza se puede encontrar en la voluptuosa carnosidad de la manzana.

En el capítulo titulado "Un pensamiento estable entre dos locuras", Cocuyo no es el mismo sino "otro": "pero ya no era el mismo, sino el otro, el que dudaba... de la bondad misma de la Bondadosa, de que las cosas todas hubieran llegado a su apariencia o a su realidad". Aquí

podemos observar cómo Cocuyo trata de ser otro, el que escapa del espacio de lo inasible, del texto mismo, y busca tal vez las cosas en su apariencia o en su realidad, pero no lo logra, porque el texto se envuelve a sí mismo en una proliferación del significante hacia otro significante.

Esto se presenta en situaciones como las siguientes: "Con la misma minuciosidad con que había escrutado el gabinete, recorrió milímetro por milímetro su cuerpo en un espejo, arqueólogo de su propia piel." Cocuyo se mira en el espejo, se escruta y ve la imagen del doble, ve el deseo de ser otro, pero el espacio de lo residual le devuelve al otro sólo en fragmentos. El texto es visto por Cocuyo; el texto es el espacio de lo residual, es el objeto de lo inalcanzado pero es también el objeto potencializado hacia la creación libre del universo en donde la palabra es privilegiada.

El sexo forma parte del espacio fragmentado, pero constituye el inicio de la transformación y de la muerte. Cocuyo es iniciado en el sexo como en un rito, como algo inacabado, como un fragmento más del espacio residual. "Mientras él se estremecía, sudaba, creía que iba a vaciarse de su sangre por el sexo, mientras se derramaba en la indolente mano, ellas parloteaban de lo lindo, ajenas al extrañamiento, al disfrute o a la congoja del novato."

Si consideramos el texto como una creación autónoma entonces este se crea a sí mismo no como una entidad estática sino como una transformación constante. El lenguaje no representa, el lenguaje "es". Es creación del universo particular, es entidad única, es la palabra con la particularidad de serlo, de concebirse solamente como palabra. Pero detrás de todo esto existe la concepción de un mundo particular en el que la estética de la palabra se comprende desde el placer que el mismo lenguaje proporciona. Se trata del placer de la creación de todo orden, que, no tiene que ver con el representar un mundo sino con algo mucho más abstracto que tiene que ver con la creación sin límites del lenguaje y así mismo con una filosofía del lenguaje. Por eso precisamente existe la sensación de que lo único que importa es la palabra, una tras otra, en un espacio de su propia creación. En suma el espacio de lo residual forma un mundo que se sujeta sólo a las leyes de sí mismo ♦

